

HENRI DONNADIEU



LA HISTORIA DEL LOCO INSOMNE  
QUE CREÓ EL PRIMER BAR GAY, ROCKERO  
Y CONTRACULTURAL DE MÉXICO

Cuidado editorial: Isabel Zapata  
Diseño de portada: Jorge Garnica  
Fotografías de interiores: Archivo personal de Henri Donnadieu  
Diseño de interiores: Carolina Orozco

© 2019, Henri Donnadieu

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2  
Colonia Polanco V Sección  
Delegación Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición en formato epub: mayo de 2019  
ISBN: 978-607-07-5837-9

Primera edición impresa en México: mayo de 2019  
ISBN: 978-607-07-5838-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México  
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

*A mi abuela, a mi madre y a mi hermana,  
las tres mujeres de mi vida*

Es posible que en el dominio del destino el  
hombre valga más por el ahondamiento de sus  
preguntas, que por sus respuestas.

ANDRÉ MALROUX

La experiencia es una tenue lámpara que solo  
ilumina al que la lleva.

LOUIS FERDINAND CÉLINE

## ÍNDICE

<i>Anfitrión del mundo. Prólogo de Rogelio Villareal . . .</i>	11
1. Claveles y duraznos en flor, cuerpos varoniles y un salto en paracaídas . . . . .	15
2. De Medicina a Ciencias Políticas, mi novio terrorista y la muerte de la abuela . . . . .	35
3. El viaje de mi vida, la decepción australiana y la reinención de mí mismo . . . . .	47
4. Un aperitivo mexicano, la expulsión del paraíso y a comenzar de cero . . . . .	59
5. El 9: de antro gay a icono cultural de los ochenta	79
6. Frente al temblor del 85 y el horror del sida: fiestas, cine y mucho teatro . . . . .	107
7. La Kitsch Company, del Olivo al Olvido y de la efímera desmesura de El Metal. . . . .	131
8. De mi madre, mi hermana y la reconciliación con la dulce Francia . . . . .	153
<i>Epílogo y otros asuntos que olvidé mencionar . . . . .</i>	169

## Anfitrión del mundo

El mundo no sería lo mismo sin los franceses. Sin sus vinos y quesos. Sin sus películas y sus actores: Alain Delon, Brigitte Bardot. Sin su música: Maurice Chevalier, Charles Aznavour, Edith Piaf, Jacques Brel, Serge Gainsbourg. Sin sus pintores, fotógrafos y escultores. Sin la libertad, la igualdad y la fraternidad que contagiaron al mundo. Sin sus enormes escritores, pensadores y filósofos, de Michel de Montaigne a Voltaire y Albert Camus y cientos, miles más, que aún hoy agitan con viveza el pensamiento contemporáneo. El mundo no sería el mismo sin la rebeldía, el humor *–Je suis Charlie!–*, el refinamiento y la hospitalidad de los franceses.

Pero si alguien se lleva las palmas en esto de la hospitalidad, es un francés que decidió vivir en México a finales de los años setenta y que responde al sonoro nombre de Henri Donnadieu. Nervioso, impetuoso, aventurero, magnético, exaltado, pícaro, culto, elegante, refinado, romántico, sensual, coqueto y audaz, que creó decenas de empresas desde Nueva Caledonia hasta Acapulco y una entrañable y hostil Ciudad de México. Sí, la noche es él. La noche es de él.

Henri Donnadieu cuenta en estas breves páginas una vertiginosa vida de película. Nació en medio de la guerra, en un pueblo campesino junto al Mediterráneo. Sus padres lucharon contra los nazis y sus abuelos, comunista él, católica ella, lo cuidaron como a un hijo. Desde niño supo que era homosexual y vivió su sexualidad de manera libérrima. En la escuela le gustaba la revisión médica anual de los alumnos para mirar sus cuerpos desnudos. Tuvo novios apasionados y amantes árabes de ocasión. Siempre supo distinguir entre el amor romántico y el sexo fugaz en el bosque, en la playa, en los baños y en los pasillos de los cines. Se enamoró como una princesa y cogió como un sátiro, pues.

Prosa fugaz la de Henri, a quien dan ganas de pedirle que se detenga más en algunos pasajes, que se muestre tan memorioso como su célebre paisano Proust. A cambio, nos muestra un periplo veloz de la vieja Europa a la recóndita Polinesia y de ahí al México bárbaro, donde hallaría no uno, sino varios hogares y donde edificó lujuriosos templos del placer y la cultura.

Henri tiene un imán que atrae a toda suerte de personajes. Su madre fue amiga de Edith Piaf y él mismo recibió clases de Maurice Duverger y de Raymond Aron; fue activista de una izquierda imaginativa que florecería en el mayo francés. Conoció a Anaïs Nin, bella y serena en su vejez.

Uno de los capítulos más extensos de este libro es el que dedica al Disco Bar el 9, donde tuve la fortuna de conocerlo. Siempre elegante e hiperkinético, me daba risa la forma incomprensible en que pronunciaba mi nombre. Compartimos varias veces la mesa de su casa con la extra-

vagante poeta Pita Amor, que a media comida rapeaba la cancioncita de Mickey Mouse y contaba anécdotas de sus aventuras en otros planetas.

Henri estaba contra todos los guetos, incluyendo el de los homosexuales, y en el 9 puso a los jóvenes gays de clase alta a bailar con roqueros, artistas y punks. Ese pequeño y apretado lugar fue la catapulta del rock en español que aún hoy se escucha en México y más allá de sus fronteras.

*La noche soy yo* es la crónica de cientos de noches desenfrenadas donde se derrochaba talento, belleza y sensualidad pero, sobre todo, una libertad sin cortapisas. Leeremos pasajes escandalosos y otros plenos de ternura. Veremos desfilar una pléyade de celebridades nacionales y extranjeras y reviviremos una larga época que va de los setenta a la actualidad. Toda una vida de esfuerzo, de creer en el arte y en la cultura, en el amor y en la solidaridad.

Henri Donnadieu no solamente ha sido testigo de cambios sociales y culturales, también ha formado parte de ellos. Un provocador, un liberador y un amante de la vida, sobre todo de la vida que nace cuando el sol se oculta. La alegría de vivir de noche.

ROGELIO VILLARREAL  
Guadalajara, marzo de 2019



**Claveles y  
duraznos en flor,  
cuerpos varoniles  
y un salto en  
paracaídas**

No lean, como hacen los niños, para divertirse o, como los ambiciosos, para instruirse. No, lean para vivir.

GUSTAVE FLAUBERT

No nací en una buena época. El mundo estaba en guerra, y Francia, mi país, había sido derrotado a un año de iniciada la contienda. El armisticio fue firmado, para nuestra vergüenza, en el mismo tren donde los alemanes habían marcado en 1918 el final de la Primera Guerra Mundial. Un par de décadas después, el 22 de junio de 1940, Francia quedó dividida en dos: el norte y el oeste fueron ocupados por la Wehrmacht, las fuerzas armadas del ejército alemán, y la otra parte quedó bajo el gobierno denominado de Vichy, un régimen autoritario, fascista y abiertamente cómplice de los nazis. Cuando los aliados desembarcaron en el norte de África, los alemanes e italianos invadieron también ese territorio para reforzar sus fronteras y ofrecer la mayor resistencia posible.

El 13 de mayo de 1943, cuando nací en Cros de Cagnes, un pueblito de pescadores y campesinos en Cagnes-sur-mer, en el departamento de los Alpes Marítimos, faltaba casi un año para el desembarco de Normandía, que daría un giro de 180 grados al conflicto armado. La guerra se mantuvo lejos de mi pueblo pero, aunque estábamos a kilómetros del frente, las trincheras y los bombardeos, seguíamos «ocupados».

De bebé, acariciaban mis rubios bucles lo mismo enormes alemanes de casco de acero remachado que italianos

de camisa negra bien peinados. Mi abuelo materno era de origen italiano, de la región de Cuneo, al norte de Turín, muy cerca de la frontera. Era el mayor de siete hermanos, todos ellos campesinos. Mi abuela materna, aunque también de ascendentes piemonteses, era de Cannes, de lo que estaba muy orgullosa. De joven había trabajado en una gran casa burguesa en la ciudad de Niza y cocinaba de maravilla. Era lo que se consideraba popularmente como una auténtica *Cordon Bleu*, título no oficial a la excelencia culinaria.

Mi abuela venía de campo, pero sus años en Niza le habían dado un toque cosmopolita que trataría de mantener a toda costa en el pueblo a través del arte culinario. Detestaba a los campesinos. Se dice que el turismo nació en el siglo XIX precisamente en Niza, en la Costa Azul francesa, cuando los aristócratas ingleses y rusos, así como millonarios americanos viajaban para disfrutar del excelente clima y comida de la región.

Mi abuelo, en cambio, no tenía tierras ni campo. Era el mayor, pero siempre trabajaba para sus hermanos. Mi madre era la «benjamina», o menor, de cuatro hijos; el mayor, Jean, tenía una joroba enorme por un problema del que no se hablaba nunca, pero que tal vez tuviera que ver con los malos tratos del abuelo. El segundo, mi tío Víctor, era panadero y adoraba a las mujeres, se había casado con Margot, una solterona muy buena para el comercio a la que ponía los cuernos en cada oportunidad. El tercero, Etienne, era muy elegante y trabajaba como *Maître d'hotel* en un casino sobre el mar de Niza que se quemó poco antes de la guerra. Luego fue prisionero de los alemanes y cuando regresó era otra persona, consumida por las atrocidades que había contemplado. Se casó en primeras nupcias con

Philomene, una mujer que lo sacó adelante, pero que pronto murió de difteria. Él nunca se repuso y terminó trabajando en el campo, aislado del mundo.

Mi mamá se llamaba María Antonieta y le decían *Niní*. Era la menor de los cuatro hijos de mis abuelos maternos, que eran nada menos que primos hermanos, y siempre sentí que mi abuelo quería más a sus hijos que a su única hija (supongo que el machismo de entonces era todavía más acentuado que el de hoy). En la adolescencia, *Niní* se transformó en una mujer muy guapa. Recuerdo que de niño la gente del pueblo me hablaba de su belleza casi legendaria y de la larga fila de pretendientes que tenía siempre a la puerta, incluyendo alguno de alta sociedad.

**Ella vivía en su mundo, disfrutando del día a día; era un ser feliz, sin complicaciones y siempre con una sonrisa.** No le importaba para nada la cultura, pero tenía un buen gusto natural que iba a conservar toda su vida. Siempre vivió en el pueblo, en la misma casa donde yo nací, a escasos 100 metros de la carretera nacional número 7, que iba de París a la frontera italiana: la ruta principal de los parisinos para llegar al mar Mediterráneo.

Del otro lado de la carretera había un zoológico, propiedad de una familia de aristócratas rusos que huyeron de la revolución, donde además de animales salvajes se presentaba como atracción una tribu de aborígenes de Nueva Caledonia. A los dieciséis años *Niní* se fue a trabajar a ese zoológico y se hizo muy amiga de personajes que venían de un archipiélago lejano, al este de Australia, donde yo llevaría una vida de lujo treinta años después. Las coincidencias de la vida son sorprendentes. Mi inocente madre fue conquistada de inmediato por su arte primitivo y su

naturalidad. Se le ocurrió la idea de que podía ser artista y empezó a dibujar con lápices de colores, actividad que mantuvo a lo largo de toda su vida.

El zoológico llegó a convertirse en una atracción muy concurrida en la Costa Azul de la época; allí acudían todo tipo de personas, incluyendo gente famosa, a los que *Nini* atendía con sencillez y encanto. Así fue que se hizo amiga de muchos personajes importantes, entre ellos Edith Piaf, la más célebre cantante francesa del siglo xx, a la que recuerdo con gran cariño. La íbamos a ver siempre que se presentaba en Niza, y luego nos invitaba a cenar en su habitación del Hotel Negresco, donde ella misma preparaba deliciosos espaguetis.

*Nini* tenía 21 años cuando, en un baile, conoció a un boxeador de 28 años. No muy guapo, pero sí muy masculino, se enamoraron a primera vista. Él, originario de Agde, cerca de Montpellier, era el mayor de tres hermanos. Enseguida se hicieron novios y se casaron pocos meses después, en septiembre de 1942. Yo nací en mayo del siguiente año. Ni mi abuela ni la gran amiga de mi madre, Edith Piaf, estaban de acuerdo con ese matrimonio.

En esa época parecía que la ocupación no iba a acabar nunca. Los alemanes impusieron el reclutamiento forzado y empezaron a mandar a los franceses a trabajar a Alemania en la industria bélica. Muchos jóvenes del pueblo pasaron a la clandestinidad, entre ellos mi padre, al que no volvería a ver hasta acabada la guerra. Por si eso fuera poco, a las pocas semanas de haber nacido, mi madre decidió reunirse con su marido en alguno de los grupos de partisanos que

operaban en las estribaciones de los Alpes Marítimos. Me dejaron solo con mis abuelos y cuando regresaron jamás hablaban de lo que habían vivido. Una vecina senegalesa, casada con un italiano de apellido Ponteprimo, tuvo un hijo a las dos o tres semanas de mi nacimiento y ella fue la que me dio pecho, convirtiéndome en hermano de leche de su hijo Georges.

Tras el desembarco de Normandía, la resistencia había jugado un papel cada vez más importante al informar sobre las defensas alemanas y entorpecer los desplazamientos de las tropas nazis mediante el sabotaje contra la industria de guerra. Viéndolo así, supongo que mis padres ayudaron a liberar a Francia de la tiranía nacionalsocialista, pero yo lo sentí como un abandono. De esos primeros años solo recuerdo a mi abuela, que acaparaba todo mi tiempo e interés. Estaba siempre pegado a sus faldas. La ausencia de mis padres, aunque definitiva para la formación de mi carácter futuro, quedó aminorada por sus cuidados y su comprensión.

De esa época conservo también la primera imagen de auténtica belleza de la que tengo conciencia. Cros de Cagnes era un pueblito muy pequeño: de un lado estaba el mar, del otro los campos de labranza. Al frente, el puerto y la playa; después el pueblo, la carretera y los campos de cultivo con largas filas de árboles de durazno y claveles de todos los colores. Cuando los durazneros también florecían, resultaba algo extraordinario, como una escena de la película de *Los Sueños* de Akira Kurosawa, que vería muchos años después.

Para llegar a la casa desde la carretera había que cruzar un pequeño puente sobre un riachuelo bordeado de juncos

y cañas. La casa tenía tres recamaras: la de mi abuelo, la de mis padres y la de mi abuela, donde yo dormía. Era una mujer muy delgada, siempre vestía de negro o de gris. Pasaba todo el día con ella y desde muy temprano me enseñó a leer y a contar. Íbamos a menudo a hacer las compras, a platicar con sus amigas o de visita con la tía Madeleine, que estaba casada con un hermano de mi abuelo y era toda una excéntrica, una bohemia, una buena salvaje.

**Mi abuela me enseñó a amar lo bueno de la vida. Siempre me entendió tal y como era, sin conflictos.** Jamás me prohibió jugar con muñecas, prefería que fuera sensible pese a la tosquedad del entorno. Recuerdo que nunca me quería ir a dormir; no me gustaba que el día acabara, tenía verdadero terror de no despertar. El miedo a irme a dormir era desde luego miedo a la muerte, pavor a desaparecer físicamente.

A la enfermedad nunca le temí y la religión no daba consuelo a mis angustias filosóficas. Mi abuelo era más bien comunista y mi abuela me llevaba al catecismo, sobre todo porque daban chocolate y galletas gratis, y porque era inconcebible, en aquel entonces, pensar en no hacer la primera comunión. Nunca hablé con nadie de ese miedo, mi ansiedad nocturna me pertenecía solo a mí y de alguna forma me constituía.

Cuando tenía un año, mis padres regresaron y me llevaron a vivir a otro pueblito, Juan les Pins, al lado de la ciudad de Antibes, que entonces era un lugar de moda donde se celebra un importante festival de jazz y la cuna de la primera revista de travestis en Francia, *Le Carrusel de Paris*. Mi mamá

era conserje de un edificio y vivíamos en el sótano; mi padre cambió su oficio de panadero por el de policía. Era fiel a De Gaulle, que había encabezado la Francia Libre y presidido el gobierno provisional tras la victoria y hasta 1946.

En esos años mi madre cambió radicalmente y empezó a padecer unos celos casi enfermizos por su marido. Mi abuela nos visitaba muy a menudo y para mí esos eran los mejores momentos, siempre llegaba con regalos y conseguía hacerme olvidar los gritos y las querellas de mis padres, que nunca se separaron y nada más nos hicieron la vida imposible a todos. Aunque nos empezaba a ir mejor económicamente, la bonanza no duró mucho: cuando tenía tres o cuatro años regresamos a vivir con los abuelos.

A partir de ese momento me acuerdo de todo con mucha claridad, sobre todo del aroma de la citronela, una hierba de olor que agarraba en el campo cada vez que salía de casa. Asocio esa fragancia fresca con la libertad de la que gocé en mi infancia cuando jugaba con Georges, mi hermano de leche, y con Roger, el vástago menor de una familia de vecinos que tenía un negocio al lado de la carretera.

No teníamos baño ni wc. En verano me bañaba afuera, en el lavadero donde se tendía la ropa, y, en invierno, en la cocina. No había sala, la cocina era el lugar de reunión y la estufa de leña, el centro de la casa; sobre la chapa, el eterno café con achicoria; en el horno siempre unas papas y, en invierno, un saco de castañas. Mi abuela ponía café en mi biberón para que fuera más despierto: mi primera adicción y tal vez la última que abandone.

La casa tenía dos entradas, la principal con dos escalones y un jardín al frente, y la otra, la que siempre utilizábamos, frente al campo de los vecinos, los papás de Georges.



A un lado estaba la letrina sobre una fosa séptica de la que se sacaba el abono. Cuántas veces me senté sobre aquel agujero mirando al jardín y los alrededores. Recuerdo que siempre tomaba un junco de los que crecían a la vera, luego otro, y los amarraba, tratando de alargar lo más posible aquella extensión verde de mi brazo con la que pretendía tocar el cielo. Era una rutina, mi pista de despegue para poder atisbar más allá de los cortos límites a los que me sometía la vida. **Esa será otra constante de mi existencia: siempre mirar hacia arriba.**

Recuerdo que tenía intuiciones que resultaban ser ciertas, así supe de la muerte de mi tía Madeleine y anticipé la desaparición de mi tío Jean. Era algo extraño y hasta las amigas de mi abuela me pedían que les echara las cartas, muchas veces lo hacía aunque no sabía nada del Tarot ni del significado simbólico de las imágenes, pero les decía lo primero que me venía a la mente.

Desde pequeño sufrí de hipocondría y me daban fuertes dolores de estómago que me impedían moverme durante horas. Sentado en las escaleras de la entrada principal de la casa de mi abuela miraba el jardín, lleno de flores y árboles frutales, imaginando que quería ser director de cine o que era amigo de los más famosos conductores de Fórmula 1. Siempre soñando despierto mientras trataba de olvidar mi estómago.

Recuerdo dos anécdotas importantes de esa época. La primera es un accidente: nos habían prestado unas bicicletas viejas y nos fuimos, Georges y yo, al monte a pedalear como locos. En una bajada, a toda velocidad, había que cruzar

las vías del tren cuando me di cuenta de que no servían los frenos. Metí el pie en la rueda para lograr frenar y lo conseguí, pero salí con una fuerte herida. Regresé como pude y no dije nada. Durante días, veía como mi pie se hinchara y se ponía morado, luego negro, hasta que una noche mi abuela se dio cuenta de que tenía fiebre. No me dio tétanos de milagro.

La otra fue un robo. Los papás de Georges eran agricultores y vendían sus productos en el mercado de Niza. La hermana mayor, Genevieve, era muy guapa y trabajadora y tenía debajo de la escalera un guardadito para cubrir sus gastos. No era un secreto que Georges visitaba a menudo este improvisado banco, pero un día decidí hacerlo yo: me deslicé hasta el lugar y tomé un billete de diez mil francos, una fortuna. Tenía nueve años y era rico. Lo negué cuando me interrogaron al respecto, pero el asunto me quitó el sueño por muchas noches. Fue la primera y la única vez que robé a extraños.

Tuve una infancia maravillosa y melancólica a la vez. Estuve rodeado de amor y fui tratado siempre con consideración porque me tenían por muy inteligente; respetaban lo especial que era y hasta mi homosexualidad, que era visible a tan breve edad, fue aceptada. **Ser homosexual nunca fue un problema para mí, asumirme como tal fue algo natural.**

Mi hermana Josiane nació en 1952, cuando yo tenía nueve años. Mi madre seguía encerrada en los celos y no dudo que sus sospechas tuvieran algún fundamento. Para entonces yo ya poseía una mentalidad casi de adulto y me daba cuenta de lo que sucedía en mi entorno. De vez en cuando mi abuela me llevaba de compras en autobús